

No se puede hablar de amor sin mentir

Somos seres pragmáticos, solidarios, humildes y egoístas. Somos eso, y arrogantes cuando hablamos, especulamos e imaginamos la inteligencia artificial (IA).

Hemos bautizado como IA a una serie de algoritmos computacionales que «aprenden» y «razonan lógicamente», y aún no hemos sido capaces de definir y medir en puridad qué es la inteligencia, la natural, la nuestra y la de algunos otros compañeros de viaje supuestamente considerados inferiores.

Lo primero que llama la atención es que la tecnología quisiera desarrollarse imitando el culmen del desarrollo humano, pero sin contar con las humanidades. ¿Qué sentido tiene la humanidad sin las humanidades?

La inteligencia es un constructo, no una fórmula. Su definición se encuentra en constante revisión y los científicos no han conseguido llegar a un acuerdo en siglos. ¿Cómo se diseña y elabora correctamente un sistema de producción «artificial» a partir de un constructo que carece de definición?

La IA es aprendizaje y razonamiento lógico. Ya es mucho, pero al mismo tiempo no es mucho. Redes neuronales que aprenden y se entrenan, y lo hacen en conjunto y unas de otras, generando una cantidad de información que, hoy por hoy, no tenemos capacidad de procesar en tiempo real. ¿Qué nos estamos perdiendo? ¿Qué puede descubrir la IA de algo que nosotros no sabemos siquiera que no sabemos?

Replicando a la inteligencia natural en una computadora, se multiplican exponencialmente algunas capacidades del hombre: memoria, velocidad de cálculo..., pero también sus errores. Malo es pensar en los errores de la mente, pero imaginarlos multiplicados de manera exponencial asusta. Y peor aún es pensar en errores que ni siquiera sé que tenemos y nos invaden abruptamente, ya procesados, convertidos en *big misdata*.

Se pueden construir aparatos que mejoren (o reparen, o sustituyan) las funciones cognitivas de las personas: calculadoras, almacenes de memoria, dispositivos auditivos, visuales o, como en el caso del primer cibernético reconocido por un Estado —el británico— y artista plástico para más señas, un sensor conectado a su cerebro que traduce al lenguaje musical la percepción de los colores, ya que nació con acromatopsia, permitiéndole así seguir detectando, a su manera, la enorme gama cromática que tiñe su sonora vida.

Se construyen a diario máquinas capaces de realizar en un minuto un plan de acción mucho más conciso que el que cualquier ser humano pudiera realizar en años, y que hasta supere las capacidades ejecutivas de aquel que lo diseñó, pero no por eso será inteligente.

La inteligencia abarca mucho más que las habilidades cognitivas. ¿Dónde quedan los sentidos? Ahora, en plena revisión acerca de si son los cinco que nos enseñaron en el colegio o muchos más que hemos empezado a imaginar e investigar, ¿podemos diseñar sensores de sentidos que no sabemos que tenemos?

¿Y dónde queda la genialidad? ¿Cómo traducir la intuición, la imaginación, la ambición por el conocimiento o hasta las obsesiones a algoritmos matemáticos? En una ciencia materialista no tienen cabida conceptos como la intuición o el presentimiento, y, sin embargo, cuando pensamos en grandes genios, nos asaltan estas características de su inteligencia. Albert Einstein, sin entrar en si ha sido el científico más grande que ha dado la humanidad, no era el mejor físico ni el mejor matemático. Tenía que pedir ayuda para hacer los cálculos de algunos de los experimentos —muchos visuales— que en sus paseos y en sus conversaciones con amigos —ni siquiera colegas— imaginaba. Más de cien años después, sus resultados siguen siendo corroborados por la comunidad científica con ayuda de espléndidas computadoras que incluso funcionan con IA, operando al ciento por ciento de sus posibilidades para concluir que lo que intuyó es cierto. La teoría se cumple, ahora sí; lo sabemos gracias a sofisticados algoritmos y a los últimos avances tecnológicos.

Podemos ir más allá: del análisis y la obtención de datos a habilidades consideradas pura y estrictamente humanas, como la toma de decisiones. En todo acto humano y, por tanto, ante cualquier decisión, no

solo influye la cognición. El contexto puede ser determinante. Ambiente, entorno, sentimientos, sensaciones, recuerdos esperados o inesperados, conscientes o inconscientes...

Si quisiéramos que una máquina tomara una decisión por nosotros, necesitaríamos proveerla de sensores de todo estímulo posible, interno y externo. Que captase la mirada de nuestro interlocutor y al tiempo una mueca, un gesto o un olor. Una ventana que se abre de golpe o un petardo detonado por unos niños jugando en la puerta que nos evoca un momento de nuestra infancia que, para bien o para mal, nos hace cambiar de opinión, a veces en el último instante. A veces, sin saber muy bien por qué.

Si pretendemos crear un algoritmo matemático capaz de prever todas las variables posibles que pueden influir (o determinar) una decisión, antes tendremos que hallar la manera de poner límites al infinito.

Tal vez alguien considere más inteligentes aquellas decisiones que no están mediatizadas por estímulos distractores, pero si la realidad fuera tan sencilla, el ser humano no sería tan complejo; o dejaría de ser humano. Y entraríamos de lleno en un mundo utópico o, por desgracia y casi a buen seguro (una IA no dudaría como yo acabo de hacer), distópico.

Un mundo de cíborgs, de humanos ya no reparados o restaurados –por definición, también son cíborgs quienes llevan marcapasos o implantes cloqueares–, sino ¿mejorados? Esto no es baladí. Reparar, recuperar o mejorar. ¿Qué podemos conseguir con la IA aplicada exclusivamente a la fisiología del ser humano? Una vez hemos acabado con la selección natural, el siguiente paso evolutivo serán los *e-sapiens*, los sapiens «posthumanos» o, tal vez, «tecnhumanos», quizá autodiseñados.

La IA se está desarrollando gracias a una cantidad ingente de datos (*big data*) que solo algoritmos basados en *machine learning* y *deep learning* parecen poder procesar. El *sapiens sapiens*, con los máximos conocimientos matemáticos posibles, necesitaría cien vidas para hacerlo y, a buen seguro, algún error en todo el proceso daría al traste con el resultado.

No hay que ponerse dramáticos ni llevar el debate al extremo pensando en un algoritmo decidiendo sobre la vida de un paciente en una mesa de operaciones. Quedémonos con un simple algoritmo financiero –y no es ciencia ficción– que puede conceder un crédito a un hombre blanco, sin carné de conducir –y, por tanto, sin multas de tráfico–, que vive en el desierto, para comprarse una moto de agua, y negárselo a un investigador, con carné de conducir –y puede que alguna multa por mal aparcamiento–, hijo de padres inmigrantes, que precisa el dinero para finalizar el desarrollo de una teoría sobre la ética aplicada a la IA o sobre por qué llamamos inteligencia a algo que ni siquiera sabemos definir.

Somos arrogantes al llamar IA a algo que hemos creado nosotros. Sin intuición, sin comprensión, sin la posibilidad de ponderar de forma automática toda la información recibida y el contexto, no podemos hablar de inteligencia.

Nuestra capacidad para asumir tantos datos es muy limitada. Eso no es información. No existe la sociedad de la información, existe la sociedad del gran ancho de banda.

En un mundo hiperestimulado, buscamos la acción antes que la reflexión. Información absurda, llamativa, susceptible de ser rebatida. Buscamos el conflicto en la información. Esto, unido al descrédito de la prensa y a la proliferación de las noticias falsas, hace que la información esté perdiendo su valor.

Tenemos datos, amplios, globales, pero solo datos. Sabemos muchas cosas que pasan en el mundo en tiempo real, pero no estamos informados de lo que sucede en el mundo. Con esta visión globalizada de la existencia corremos el riesgo de frivolar lo singular; de ridiculizarlo o de ensalzarlo. Contrariamente a lo que podría parecer, la IA podría deformar y dificultar la aplicación de la medicina de la complejidad, la medicina de las «cinco P» o más, la medicina personalizada.

Y, mientras nos entretenemos en construir inteligencias para otros, nos olvidamos de la nuestra. ¿Qué será de nuestro cerebro? La habilidad para leer y escribir ya está cambiando, pero ¿cómo evolucionará? ¿Se destruirá también nuestra capacidad para hacerlo? Como afirma Nicholas Carr, «calmada, concentrada, sin distracciones. La mente lineal está siendo desplazada por una nueva clase de mente que quiere y necesita recibir y diseminar información en estallidos cortos, descoordinados, frecuentemente solapados». ¿Qué habilidades obtendremos a cambio y en perjuicio de cuáles?

El bosque nos impide ver el árbol y a la vez escrutamos cada árbol. Saciamos nuestra hambre de información y nos sentimos satisfechos en esa –falsa– sensación de conocimiento. Estamos demasiado ocupados, o simplemente distraídos, sin mirar a ese hombre al que queremos mejorar, al ser humano con sus ciencias, sus ciencias humanas. En el marco social y educativo que estamos construyendo, el riesgo de información sin formación es exponencial.

No se puede hablar de amor sin mentir. Nadie ha sido capaz porque es imposible traducir el sentimiento amoroso al lenguaje, tan imposible como la conciencia.

Lola Morón

Unidad de Neuropsiquiatría, Clínica Nozaleda y Lafora, Madrid